

# EL ETHOS FILOSÓFICO\*

*Danilo Guzmán*  
*Universidad del Valle*

## RESUMEN

Nuestra tradición filosófica ha funcionado como un mito de la racionalidad y no como un desarrollo de la racionalidad misma. Esta tradición muestra todas las características típicas de los sistemas mítico-mágicos. Sólo un cambio de condiciones sociales podría permitir el surgimiento de una racionalidad genuina. De manera inversa, sólo el surgimiento de una racionalidad genuina, podría producir el surgimiento de las condiciones sociales apropiadas en las que la racionalidad pueda prosperar. No puede haber un desarrollo filosófico genuino al margen de las condiciones sociales apropiadas. Se intenta aquí hacer un bosquejo de esta situación.

**Palabras clave:** Filosofía, ethos, magia, pensamiento crítico.

## ABSTRACT

Our philosophical tradition has functioned as a myth of rationality and not as a development of rationality itself. This tradition exhibits all the characteristics typical of mythic – magical systems. Only a change in social conditions could permit the emergence of genuine rationality. Conversely, only the emergence of a genuine rationality could bring about the emergence of appropriate social conditions for rationality to thrive in. There cannot be a genuine philosophical development outside of appropriate social conditions. A sketch of this situation is here attempted.

**Key words:** philosophy, ethos, magic, critical thinking.

Un ethos es el espíritu que permea a un grupo social, un conjunto de actitudes y valores, de hábitos arraigados en el grupo. Podemos así, hablar de un ethos militar, religioso, de la sociedad de mercado, del de la familia Pérez, de los gamines bogotanos, etc. En las sociedades siempre hay ethos dominantes y ethos dominados. En tiempos de guerra el ethos militar se hace dominante y tiende a pernearse a todos los otros ethos que componen la

---

\* **Recibido** Noviembre de 2006; **aprobado** Enero de 2007.

organización social. Lo que nos interesa tratar aquí es la posibilidad del desarrollo de un ethos filosófico.

La tradición filosófica occidental se presenta a sí misma como la irrupción de la razón en la vida del ser humano, como una verdadera mutación en la mentalidad humana, que emerge de una mentalidad básicamente supersticiosa. Pero esto no es así. Esta filosofía se constituye en un mito de la razón y no en la irrupción de la razón misma. El ideal de un ethos filosófico no puede ser otro que el de una filiación en la verdad: una comunidad de seres humanos integrada en torno a la verdad, al rechazo a permitir que en sus relaciones se cuele el engaño.

Figuras como la del zapatero, han sido escogidas como paradigmas de quien detenta un conocimiento profano y técnico que no necesita del respaldo de ninguna metafísica ya que en todo momento sus procedimientos y resultados resultan evidentes. El hechicero hacedor de lluvia que con sus danzas y sus tambores hace creer que actúa sobre la atmósfera como el zapatero sobre su cuero, realmente no hace llover sino que hace creer que hace llover; el hechicero no actúa sobre la atmósfera sino sobre su auditorio. Como el artista farandulero el hechicero se debe a su público. Lo que realmente produce es creencia. Pensar mágicamente es pensar con el deseo. El éxito del hechicero radica en que hace creer lo que su público quiere creer. El hechicero mismo es hechizado por el hechizo; la convicción producida en su auditorio sugiere al propio hechicero que se ve confirmado por su público. El hechicero se hace cautivo de su auditorio cautivo de su hechizo en un proceso de retroalimentación que los liga de manera indisoluble. Entre el hechicero y su auditorio se establece una complicidad que impide que puedan ver la verdad de su relación, pues hacerlo la aniquilaría. Se rompería el hechizo. El pensamiento mágico se constituye como un sistema cerrado sobre sí mismo; condena a sus participantes a permanecer fijados en su creencia; como el hechicero disfruta de privilegios sociales derivados de su función social especial, tiene motivos particulares para querer eludir toda percepción de que su hechizo es un fraude. El hechicero debería ser consciente de su fraude. Para quien puede observarlo objetivamente resulta asombroso el que no lo sea, tratándose de algo completamente patente. Pero ni él ni su clientela pueden captarse objetivamente. El hechicero ni siquiera necesita ser cínico, él no engaña deliberadamente, evita la deliberación: comienza engañándose a sí mismo para mejor poder engañar a los otros. El engaño es socialmente excluyente, divide a la sociedad entre engañadores y engañados. En el engaño colectivo de la sociedad mágica toda la sociedad queda excluida de la verdad, de la posibilidad de actuar adecuadamente, es decir de acuerdo a la manera como de hecho son las cosas. La sociedad mágica se encuentra en condiciones de inferioridad frente

a la sociedad efectivamente abierta a la crítica en la que puede surgir la verdad. La sociedad mágica se encuentra en una especie de bloqueo cognitivo y necesariamente sufre las consecuencias de éste.

El funcionalismo antropológico es un punto de vista que destaca y pone su atención sobre el hecho de que las sociedades se encuentran conformadas por estructuras diferenciadas e interrelacionadas entre sí de tal manera que como en los organismos vivientes multicelulares, diferentes órganos cumplen funciones específicas en el mantenimiento de la homeóstasis corporal. La función declarada de un agente social no necesariamente corresponde a su función social: el hacedor de lluvia, no hace llover; hace creer que hace llover. Las instituciones de carácter mágico no cumplen la función que aparentan cumplir. La filosofía entendida como se debería entender, como el empeño en hacer surgir y mantener la verdad como proceder inverso al proceder mágico, como de hecho es entendida en el mito socrático, nunca se ha podido constituir en un ethos dominante, en un ethos en términos del cuál se estructure toda una sociedad. El mismo mito socrático da cuenta de la dificultad de establecer este ethos: Sócrates resulta ser un personaje completamente idiosincrático, que sin embargo, se presenta claramente como el paradigma de la personalidad filosófica. Es claro en este mito también que Sócrates se encuentra completamente solo. Ninguno de sus amigos se ofrece a tomar la cicuta en su compañía. No hay allí la menor posibilidad de conformar una sociedad filosófica. Si la filosofía ha existido durante veinticinco siglos después de la muerte de Sócrates que no consiguió un solo aliado para su empresa, no es porque esta situación de orden social o político, se haya resuelto a favor del ideal socrático de hacer prevalecer socialmente una negativa a entrar en complicidades con el engaño. Se trata más bien de que este ideal ha sido suplantado usando un sucedáneo que puede prevalecer invocando el sentido original del ideal pero desconociéndolo y violándolo en la práctica. No necesitamos salir de nuestra propia cultura para encontrar en el caso del ideal cristiano, otro ejemplo de una situación recurrente en las innumerables culturas que han existido, en la que los ideales son distorsionados para ser usados por castas sacerdotales que se convierten en intermediarios que se presentan como necesarios para acceder a éstos. El mito de la integridad ética socrática es sustituido de manera velada e inmediatamente por el mito de las ideas platónicas que no es sino la fetichización de la escritura. La escritura aísla y protege de la realidad. Los veinticinco siglos de filosofía académica no son más que el desarrollo y mantenimiento de un canon textual en torno al cual se configura un ritual iniciático y consagratorio a través del cual se marca la distinción entre el profesional y el profano, a través del cual el pensamiento se hace jerárquico. Quien apela a su posición jerárquica en materia filosófica, reconoce la debilidad de sus argumentos para sostenerse

por sí mismos, por su valor intrínseco, apela no a la capacidad crítica de su interlocutor que le podría servir al mismo hablante para valorar su propia posición, sino a su posición de autoridad. En nuestra filosofía convencional se accede a la jerarquía a través del rito académico controlado por quienes ya controlan las jerarquías de hecho establecidas y que a su vez se encuentran encuadradas dentro del régimen jerárquico social total. La jerarquía, cualquiera que ésta sea, no es algo a lo que el individuo pueda renunciar impunemente. Esta es la fuente de la identidad social que a no ser que pueda ser cambiada por una que resulte más ventajosa, no se puede abandonar sin caer en la degradación social. El filósofo acreditado no puede cuestionar su propia acreditación sin aventurarse en terreno movedizo.

140 Cada empresa tiene su propia racionalidad. Para el hechicero, es racional afianzarse en su creencia en la medida en que ésta le reporta beneficios de jerarquía social. Para su clientela y en la medida en que ésta no encuentra una mejor solución a sus problemas, lo cual siempre es el caso, pues la magia siempre opera como el sustituto de una solución real, aferrarse a su creencia le resulta racional en la medida en que ésta le proporciona un soporte emocional. Para la sociedad mágica en su conjunto su creencia es irracional, pues enruta sus maneras de actuar de forma equivocada con el agravante de que al presentarse como una solución real bloquea el acceso a ésta. Individual y colectivamente toda la sociedad paga el precio de su engaño al tener que asumir las consecuencias que éste genera. El pensamiento crítico puede entenderse como el intento de sustituir el engaño en el que se encuentra la sociedad mágica por una situación en la que la sociedad entera pueda relacionarse objetivamente con la verdad, de trocar las relaciones de dominio por relaciones de cooperación de tal manera que los intereses creados que impiden el surgimiento de la verdad al encontrarse está estancada por el engaño den paso a la búsqueda de ésta como interés creado de la sociedad.

El acto sincero es el que se puede tomar por lo que es pues es lo que es: se entiende como tal en contraposición con el acto engañosos o fingido que busca ser entendido como cumpliendo propósitos distintos a los que realmente cumple. En el engaño siempre se da una relación de dominio en la que el engañador utiliza a su víctima para sus propósitos. Las relaciones humanas se establecen en forma de cooperación y de dominio, generalmente en combinación y de manera más frecuente como cooperación en el dominio. Las jerarquías se constituyen como distinciones que cuando logramos ver a través de su funcionamiento muestran no tener otra razón de ser que la de constituir y mantener la situación de privilegio de quienes la detentan. Se trata de distinciones de carácter mágico. Así como el correlato de la dominación es la jerarquía, el de la cooperación es la igualdad. La racionalidad

del igualitarismo social consiste en que al eliminar los intereses creados por las situaciones de dominación libera las posibilidades cognitivas individuales y por lo tanto también sociales. El individuo sólo podrá acceder a la verdad objetiva en la medida en que su sociedad no lo obligue a engañarse a sí mismo, a participar del engaño social. El espíritu crítico del individuo sólo puede surgir en consonancia con una espíritu crítico social, en un ethos propicio en el que todos sus participantes se encuentren permeados y estimulados por este espíritu. La filosofía aquí no correspondería a una de las formas de la división social del trabajo con su cuerpo de profesionales sino que se constituiría en el ethos dominante. Sería la sociedad del ciudadano, del individuo de espíritu crítico capaz de identificar y rechazar creencias espurias cooperativamente con otros ciudadanos igualmente críticos. Sería este el surgimiento de una verdadera sociedad civil inmune a la colonización por parte de cualquier tipo de dominación y de la dignificación del individuo como ser pensante que puede fundar su autoestima en esta capacidad.

Lo que sostiene a los sistemas jerárquicos no es otra cosa que su existencia de hecho. Poseen el poder político efectivo para imponerse como palabra, como creencia, pues tienen el poder para eliminar la disidencia, la voz que les sea contraria. Hablar de determinada manera es ya percibir, actuar y en general, estar mentalizado de determinada manera. La articulación del lenguaje es la articulación del mundo en que vivimos. El ingreso a la cultura por nacimiento es un proceso de diferenciación perceptual mediado por la palabra. Distinguir la voz como voz, la palabra como palabra, es haber entrado en el contexto cultural. La voz entra a jugar un papel privilegiado pues se reconoce ya como el nexo social a través del que se estructuran todas las identidades que no son otra cosa que las maneras de marcar las diferencias, de constituir un mundo, el de la cultura a la que se ingresa. Es así que el poder político descansa sobre la palabra. El poder político consolidado es la palabra consolidada.

Los desarrollos culturales son desarrollos de filiaciones, de alianzas cooperativas entre seres humanos. El sentido de las alianzas es la acción concertada, la cooperación, que permite a los asociados realizar tareas que individualmente no podrían realizar o que no podrían realizar con la misma eficiencia. Las alianzas persisten mientras persisten los intereses comunes. Por ser circunstanciales, las alianzas son inherentemente inestables. Es así que quienes derivan claros beneficios de su existencia buscan que la alianza persista y para lograrlo tratan de hacer que las circunstancias no cambien o si esto no se puede evitar, tratan de hacer que el cambio no sólo no sea lesivo, sino incluso provechoso. Las relaciones humanas se mueven entre dos polos: la cooperación en la que el interés individual se funde en el interés colectivo creando el poder político y la dominación en la que este poder es

usado para sacar ventaja unos individuos de otros usando sus posiciones de privilegio. En las relaciones entre seres humanos el balance entre cooperación que idealmente involucra la disolución del interés egoísta que se ve transfigurado en el interés colectivo del que por supuesto se beneficia el individuo, y la dominación usando el poder político generado por la cohesión cooperativa tiende a ser precario. Nuestro acontecer social es el desenvolvimiento de alianzas, traiciones, engaños, rivalidades, etc. En los ágapes culturales uno no siempre puede estar seguro en calidad de qué es que uno participa, si de comensal o de comida. Un mecanismo que garantiza la cohesión social es la exclusión: la amenaza del marginamiento social. Quienes no logran integrarse a las jerarquías superiores se ven relegados a pertenecer a los órdenes inferiores y eventualmente a pertenecer a la masa de descastados que realizan el trabajo degradante de la sociedad. El ganado humano (expresión usada por Karl R. Popper, en su obra "The Open Society and It's enemies" de 1945) expropiado económica, política e intelectualmente, trata de sobrevivir, y no siempre lo logra, tratando de permanecer unido a la sociedad por el tenue nexo que representa su devaluado pero gravoso trabajo, pero por fuera de la cual se encuentra liquidado. Las filiaciones siempre se estructuran en términos de beneficios mutuos. Cada aliado se beneficia de la alianza de manera personal; está mejor dentro que fuera de ella. Pero lo que más poder le confiere a una alianza es la posibilidad de la exclusión. Los órdenes jerárquicos de nuestra sociedad son rangos de exclusión. Quienes quedan excluidos de los órdenes superiores pasan a constituir alianzas subordinadas que a su vez pueden ser excluyentes. Mientras unas especies animales pueden ser domesticadas, colocadas bajo el control del ser humano en todo su proceso vital, sólo o principalmente para ser aprovechadas como alimento o para realizar cierto tipo de trabajos, el mismo ser humano posee un potencial de domesticación que lo hace excepcionalmente útil al poder ser controlado para que sustituya al mismo ser humano en el desempeño de actividades solo realizables por seres humanos pero que resultan peligrosas, tediosas o degradantes. Unos seres humanos colocan a otros seres humanos a realizar ciertas tareas para disfrutar de sus beneficios sin pagar sus costes.

No toda cooperación es el resultado de una alianza que como tal es equitativa. Los participantes en la alianza sacan provecho de ésta sin sacar provecho unos de otros; el provecho se saca de factores externos a la alianza misma. El esclavo coopera con su dueño de manera desigual: el dueño opera en la realización de la empresa dando la orden y el esclavo opera obedeciendo en su ejecución. Los órdenes sociales tienen que ver, precisamente con la capacidad de ordenar, de dar órdenes.

Las filiaciones mágicas son filiaciones acrílicas. Su permanencia depende de que se mantenga el engaño. Estas filiaciones pueden ser vistas como

opuestas a lo que serían filiaciones en la verdad, filiaciones en las que su razón de ser sea el develamiento de la verdad. Conocer la verdad es conocer como son realmente las cosas y, a diferencia de quien se engaña, el que realmente conoce está en condiciones de actuar correctamente. El meteorólogo operando de manera crítica se encuentra en condiciones de mejorar su entendimiento de las situaciones pertinentes y ajustar su actividad de manera adecuada. El hacedor de lluvia debe permanecer tocando sus tambores. Las sociedades mágicas se perpetúan en un estancamiento cognitivo correlativo a los intereses creados de quienes detectando las posiciones dominantes del sistema sacan beneficios de quienes ocupan las posiciones dominadas.

Las dificultades intelectivas entre los seres humanos no obedecen tanto a diferencias de capacidades intelectuales naturales, las que como factor de selección natural han sido igualmente exigentes para toda la especie y se encuentran, consecuentemente, igualmente distribuidas dentro de ésta. Son los sistemas de dominación mismos los que invariablemente han contribuido a coartar su desarrollo intelectual. Es precisamente la capacidad intelectual del individuo la que le lleva a renunciar a su propia capacidad crítica cuando comprende que el ejercicio de esta última solo podría ponerlo en conflicto con su entorno social y hacerlo víctima de la represalia del sistema que no solo reprime la disidencia sino que usa esta represión como escarmiento para disensiones prospectivas. En sociedades con ethos arraigados de obediencia y domesticación la mera noción de crítica es desconocida.

La filosofía académica pretende ser crítica cuando en realidad se encuentra condicionada por un orden social que la hace completamente inocua. Es precisamente el hecho de que no tenga ninguna incidencia social distinta a la de mantener la ilusión de que en sus claustros universitarios la sociedad tiene sus pensadores, lo que la hace socialmente viable, llevando una existencia marginal. En condiciones normales de las que nuestras palabras derivan sus sentidos, la palabra se ve confrontada en el terreno en el que realmente le pertenece, en el que de su propio contexto, lo que decimos con lo que hacemos, lo que pensamos con lo que decimos, etc. La ciencia, por ejemplo, puede funcionar como ciencia solamente en la medida en que su articulación lingüística se mantenga en permanente retroalimentación con sus situaciones experimentales. El sistema académico a través del discurso del escrito canónico, de los rituales de salón de clase, de conferencia, etc. proporciona a su palabra el aislamiento social, el ethos necesario para que esta pueda prosperar fuera de sus contextos en los que estas engranan con sus situaciones originales y, por tanto, con sus significaciones genuinas. En el aislamiento académico la palabra pasa a funcionar como mero verbalismo del que sus participantes no son conscientes ni lo pueden ser, so pena de

romper el hechizo. La sensación de libertad de palabra llega a ser tan abrumadora, que puede parecer de origen divino. “For Quine’s sake God!” reza el título de un artículo de una prestigiosa revista filosófica americana. Esta sensación, el mayor deleite que como tal proporciona este ethos, deriva de la inconsciencia de que las palabras han dejado de funcionar en los contextos en los que estas cobran sentido. En este contexto artificial se puede decir no exactamente cualquier cosa ni de cualquier manera pero sí cualquier cosa que refuerce la verosimilitud de la empresa. Se trata de un comportamiento típico de la sociedad mágica.

144 Las invocaciones a personajes como Sócrates, Platón, Aristóteles, Kant, o más cercanamente, Wittgenstein, Heidegger, o a filósofos vivientes en torno a cuya palabra gira todo el discurso canónico son típicamente míticas. Estas invocaciones proporcionan una visión estereoscópica que hace percibir a las figuras míticas como seres ante los que los mortales comunes resultan insignificantes y deben reconocer una debida distancia. Las figuras míticas son objeto de una admiración supersticiosa hábilmente explotada por los sacerdotes del culto. El verdadero pensamiento no puede ser más que pensamiento y sus resultados no pueden ser más que la claridad o el entendimiento sobre las situaciones que le ocupan. No tiene por qué dejar residuos míticos. La mitología filosófica crea un cuerpo, una doctrina que el pensamiento como tal no tiene por qué tener. Desde un punto de vista desmitificado, puede verse como una excrescencia, cuya función es la de servir como un filtro por el cual se obliga a pasar a cualquier discurso de pretensiones racionales. La verdadera racionalidad termina siendo aniquilada por el mito de la racionalidad, por la obligación de filtrar el discurso racional por entre el mito de la racionalidad que lo absorbe y de esta manera lo liquida, lo ahoga en su maraña erudita. Los mismos filósofos que pretenden hacer historia de la filosofía no podrán realmente hacerla hasta que no puedan hacer una narración objetiva respecto a su propio discurso. Lo que ellos hacen es no la historia sino la mitografía del mito en que se encuentran inmersos.

En nuestra sociedad de consumo, el elemento ideológico, la necesidad de mantener la dominación a través del mito y del rito, pasa a un segundo plano. Las manifestaciones culturales pasan a convertirse ellas mismas en productos para el consumo. La verdadera ideología de esta sociedad es la publicidad orientada a convencer sobre la bondad de sus productos y la necesidad de consumirlos. Nuestro ethos es el ethos del consumo y nuestra filosofía tradicional no es la excepción. No podría serlo: no se puede ir en contracorriente a un ethos fuertemente establecido. Marginada dentro de la institución académica su función social es también marginal. La ganancia económica se justifica a sí misma y no necesita de apuntalamiento ideológico.

La función ideológica marginal es la de crear la ilusión de que existe un pensamiento crítico. Mucha “filosofía radical” puede crear la impresión de que se están produciendo verdaderas revoluciones intelectuales cuando se trata meramente de artículos de consumo que circulan en el mercado protegido de la institución académica.